



**José J. Veiga**

## **Los Caballitos de Platiplanto**

Mi primer contacto con estas pequeñas y simpáticas criaturas tuvo lugar cuando yo era muy pequeño.

Mi abuelo me prometió un caballito de su hacienda de Chove-Chuva si accedía a dejarme abrir el pie con un bisturí, por habérmelo dañado contra una mata de espino jugando al pique. Dos veces había acudido el farmacéutico Osmusio a casa, provisto de todos sus trebejos de cura, pero yo había armado tamaño alboroto, que el hombre no pudo pasar jamás de la puerta de la habitación. La segunda vez mi padre pidió al señor Osmusio que aguardara en el porche, mientras él hablaba conmigo. Yo, que sabía perfectamente la clase de conversación que sería, aproveché la ventaja de la dolencia y dirigiéndome cojeando a la cama, redoblé mis gritos y llantos, esperando atraer la conmiseración de mi madre, y a ser posible de algún vecino que acudiera en mi auxilio. Afortunadamente, el abuelo Rubén solía llegar a aquella hora. Cuando percibí su barba asomando por la puerta, comprendí que al menos por aquella vez, me había salvado. Era una regla observada rigurosamente en mi casa, que nadie debía disgustar al abuelo. Sin embargo, seguí llorando un poquito más para consolidar mi victoria, y sólo me calmé cuando el abuelo intimó a mi padre a que saliera de la habitación.

El abuelo se sentó en el borde de la cama, y depositando a mi lado su sombrero y el bastón, me preguntó la causa de que mi padre estuviera discutiendo conmigo. Para impresionarlo, respondí que porque yo no quería que el señor Osmusio me cortara el pie.

- ¿Cortarte el pie?

No era exactamente aquello lo que había querido decir, pero consideré mucho más eficaz confirmar la aserción, aunque me limité a esbozar un movimiento afirmativo con la cabeza, sin decir palabra.

- ¡Qué malvados! ¿Semejante atrocidad pretendían hacerte? Déjame ver...

Mi abuelo extrajo sus anteojos del bolsillo, se los caló sobre la nariz, y procedió a efectuar un detenido examen de mi pie. Lo remiró por todos lados, e incluso lo tanteó, preguntándome si me dolía. Yo, naturalmente, no lo desmentí, e incluso emití unos calculados gemidos. Se quitó las gafas, adoptó una expresión muy seria, y me dijo:

-Han exagerado. No es preciso cortar nada. Basta con abrir.

Debió advertir mi desengaño, porque anadió a toda prisa, y haciéndome cosquillas en la planta:

-Pero en tales casos no puede hacerse más que de acuerdo con el dolor que produzca la herida. Si dices que no puedes, no permito que te toque ni el rey. Tú ya no eres como esos niñitos de pañales que no saben lo que quieren. Ya tienes edad para vestir un calzón de montar que te compraré para la fiesta del Señor, así como un caballito para llevarte a la feria.

-¿ Con arreos mejicanos?

-Con arreos mejicanos. Ya se lo encargué a Felipe. Pero ocurre una cosa: si no sanas de ese pie, no podrás montar. Mi opinión es que deberías dejar que te abrieran el mal.

-¿Y si me duele?

-¿Doler? Quizá te duela un poco, pero no será, ni con mucho, el que sufrirías si te lo cortaran. Aquello sí es dolor de veras. Una vez en Chove-Chuva tuvimos que cortar el dedo, sólo un dedo, a un vaquero que tenía un panadizo, y se orinó de dolor, a pesar de tratarse de un hombre muy forzudo que derribaba un toro asiéndolo por el rabo.

Mi abuelo era un hombre que sabía explicar las cosas con llaneza, sin reñir, y sin sacar de quicio a la gente. Fue él mismo a buscar al señor Osmusio, pero permitió que yo diera la orden de llevar a cabo la operación. Naturalmente, lloré un poco, aunque no de dolor, ya que me pintó la parte afectada con una buena cantidad de anestésico, sino por conveniencia, ya que si no lo hacía así, podían pensar que no estaba sintiendo nada, y luego se burlarían de mí.

Mientras mamá me curaba, no tenía otro pensamiento que el caballito que iba a ganar. Todos los días, cuando me despertaba, lo primero que hacía era mirar el pie para ver si se había deshinchado, temeroso de que el abuelo llegara con el caballito, y no pudiera montarlo. Mamá objetaba que no debía mostrarme impaciente, que la feria aún estaba lejos, y que me sobraba tiempo para reponerme, pero yo lo quería todo inmediatamente. Pero cuando uno es un niño, parece que las cosas nunca se desarrollan como a uno le gusta. Por ello considero que la gente jamás debe desear algo por encima de todo, sino quererlo relativamente. Por ambicionar tanto y con tanta fuerza el caballito, jamás llegué a poseerlo.

Mi abuelo enfermó, y tuvo que partir lejos con tío Amancio a someterse a un tratamiento, y Chove-Chuva quedó a cargo de tío Torim, el más antipático de todos. Afirmaba que mientras él dirigiera la hacienda, nunca habría un caballo para mí. Quise escribir una carta al abuelo contándole todo, e incluso pergeñé un borrador en un cuaderno, pero mamá impidió que la enviara, objetando que el abuelo estaba muy enfermo, y empeoraría con la noticia. Cuando volviera me daría el caballo prometido, sin necesidad de contarle nada.

Cuando volvía de la escuela, y mamá no me necesitaba, me sentaba debajo de un mango, en la quinta, y me ponía a pensar en el caballito, y en los paseos que daría en él, y era tan feliz imaginándolo como si ya lo tuviera en carne y hueso. Sólo me faltaba un nombre acertado, y me pasaba el día recordando todos los nombres más populares: Rex,

Corta-Viento, Penacho... El padre Horacio quiso ayudarme, pero me abrumó con una serie de nombres sacados de sus libros, de los que sólo recuerdo el de Pegaso. Un día en que fui al Jurupensem con papá, vi a un niño muy alegre, con el cabello caído sobre la frente, y tieso como el de un potrillo. Pregunté cómo se llamaba, y me respondieron que Zibisco. Más tarde decidí que mi caballito se llamaría Zibisco. El tiempo pasaba, y el abuelo Rubén no volvía. De vez en cuando llegaba una carta de tío Amancio que papá y mamá leían con expresión triste. Hablaban de enfermedades que yo no comprendía, y mamá pasaba el día entero suspirando afligida. Un día, tío Torim fue a la ciudad a visitar al abuelo, y al volver nos comunicó que había comprado Chove-Chuva. Papá se indignó y discutió con él, diciendo que el abuelo no se hallaba en condiciones de firmar, y que presentaría al caso ante un juez. Desde aquel día, tío Torim no volvió a casa, y cuando venía a la ciudad pasaba de largo.

Un tiempo después llegó otra carta, y vi a mamá llorando en su habitación. Cuando entré con la disculpa de buscar un juguete, mamá me llamó y me dijo que no me entristeciera, pero que el abuelo no volvería más. Le pregunté si había muerto, me respondió que no, pero que era lo mismo. Entonces pregunté si no podríamos verlo nunca más, y mamá me respondió que sí, pero que no convenía.

-Tu abuelo ha cambiado mucho, hijo mío. No parece el mismo hombre ...  
Y se echó a llorar de nuevo.

Yo no comprendía cómo una persona como mi abuelo pudiera cambiar, pero me dio miedo preguntar más. Sólo una cosa quedó enteramente clara: ya no tendría mi caballito. Fue la única vez que lloré por él, y no lograron consolarme con nada. No recuerdo si fue aquel mismo día, o algunos después, cuando me dirigí solo a una hacienda nueva y muy importante, propiedad de un hombre al que llamaban Mayor, y a la que se llegaba a través de un puente, pero que no era de atravesar, sino de subir. Allí había unos hombres desnudos de medio cuerpo, que trabajaban en un claro, en medio de una porción de vigas y tablas. Subí hasta cierta altura, y me desanimé cuando vi la cima y lo que faltaba. Empecé a descender despacito para no perder pie, cuando uno de los hombres me vio, y me pidió que le ayudara. Era una tarea que tenían que terminar antes de la puesta del sol, ya que si los hoyos quedaban abiertos de noche, mucha gente iba a llorar lágrimas de sangre. No comprendí el motivo de tanto desastre, pero hice lo que me pidió.

Me quedé por temor a que ocurriera, pero no acertaba a comprender el modo de ayudar. Era muy pequeño, y sólo de contemplar la cima, perdía el aliento. Se lo comuniqué al hombre, pero él se echó a reír, y respondió que no tenía nada que temer, y que me limitara a imitar a los demás. Sin darme tiempo a replicar, aferro un balde lleno de piedrecitas, y me lo alargó.

-Ve colocando las piedrecitas en los lugares precisos, sin mirar arriba ni abajo, y acabarás sin darte cuenta.

Hice lo que me ordenaba, sólo para demostrarle que no era tan fácil como afirmaba, pero ¡fue cierto! Antes de que empezara a sentirme fatigado, ya había terminado. Cuando descendí por el otro lado, y contemplé la punta enorme y firme, resistiendo al viento y a la lluvia, sentí una alegría que me produjo escalofríos, y un deseo enorme de correr a la casa y contarlo a todos, y traérmelos conmigo, para que contemplaran lo que había hecho. Pero decidí que sería inútil. Tarde o temprano se enterarían de ello. Contemplé el puente una vez más, y seguí mi camino, sintiéndome capaz de hacer todo cuanto ambicionara.

Al parecer aquel era mi día de suerte, de lo contrario no me hubiera tropezado con el muchacho que tenía miedo de tocar el bandolín\*. Estaba muy triste, recostado en una lobera, mirando el instrumento, deseoso de tocarlo, pero sin atreverse.

-¿Por qué no tocas? -le pregunté. -Me gustaría, pero tengo miedo.

-¿Miedo? ¿De qué? -De los bichos-fieras.

-¿De los bichos-fieras?

-Los que se aparecen a la gente cuando toca. Acuden de repente, soplan sobre el tocador su hálito caliente, y no puede soportarlo nadie.

-¿Y si tocaras con los ojos cerrados? ¿También ocurriría?

Prometió intentarlo, pero con la condición de que me quedara a vigilar. Prometí hacerlo, pero me exigió que lo jurara. No viendo mal alguno en hacerlo, juré. Cerró los ojos, y empezó a tocar una melodía preciosa que parecía un chorro de estrellas que cayendo sobre el agua, la tiñera de colores.

Gustosamente, hubiera permanecido oyéndola la vida entera, pero se me estaba haciendo tarde, y tenía que marcharme. Se lo expliqué, me despedí, y eché a andar.

-No vayas a pie -dijo-. Voy a tocar una melodía que te llevará.

Colocó de nuevo el bandolín en posición, ahora sin miedo alguno, tocó una música distinta, vivaz, que me levantó del suelo, y en un instante me trasladó al otro lado de la colina. Cuando la música cesó, bajé ante una cancela nuevecita, que todavía olía a taller de carpintero.

-Le está esperando -exclamó un mozo uniformado que abrió la cancela-. El Mayor se halla impaciente.

El Mayor, un señor colorado, con botas y un enorme sombrero, recorría a grandes trancos el porche. Cuando me vio llegar, lanzó el cigarro a los lejos, y corrió a recibirme.

-¡Gracias a Dios!- exclamó. -¡Cómo pudo escapar de ellos? Entre en la casa.

-Nadie me busca -objeté.

-Eso es lo que usted cree. De modo que no sabe que los hombres de Nestor Gurgel tienen orden de dar con usted, vivo o muerto?

-¿Mi tío Torim? ¿Y qué quiere de mí?

-Es por causa de los caballos que su abuelo encargó para usted. Son animales raros, únicos en su género. Su tío desea apoderarse de ellos.

Si mi tío deseaba apoderarse de los caballos, era capaz de intentar cualquier atrocidad. Mi padre afirmaba que tío Torim era traidor desde pequeño. Sin poder contenerme, me eché a llorar.

El Mayor se echó a reír, diciendo que no había motivo para que llorara. Los caballos estaban allí, y nadie tenía poder para llevárselos. Si alguien, algún día consiguiera apoderarse de uno, se convertirían en mosquitos, y volvían volando.

Después de oír todo esto, quise ver a los caballos, y comprobar si eran buenos animales de silla. El Mayor adujo que no me preocupara, que hacían todo cuanto su dueño deseaba.

-Precisamente en este instante -añadió mirando el reloj- es la hora de su baño. Venga conmigo.

Descendimos por una vertiente de piedra lisa, muy resbaladiza, y llegamos a una puertecilla cubierta por enredaderas. El Mayor abrió el cerrojo, y se inclinó para pasar. Pensé que deberían hacer la puerta más alta, pero no dije nada, tanta era mi impaciencia por ver a los caballos.

Al pasar la puerta, nos hallamos en un patio parecido a un establo, provisto hasta de porches, pero en el centro, en lugar de un espacio de hierba, se veía una piscina de azulejos de agua limpiísima. Cuando llegamos al patio, éste se hallaba desierto. No se veían ni caballos, ni gente. Nos acercamos a los porches, el Mayor miró el reloj nuevamente, y dijo:

-Escuche la señal.

Procedente de un lugar desconocido, sonó un clarín, y empezó a aparecer gente de detrás de unos árboles bajitos que rodeaban el patio. En un instante los porches estuvieron repletos de mujeres cargadas de niños, señoras con sombreros de plumas, caballeros con chistera y abrigo de cuello de pieles, y niños de cuellos almidonados, y niñas con cintas en el pelo y vestidos acartonados.

Cuando cesaron los empujones, gritos, y lloros de los bebés, y todo el mundo se hubo colocado en su lugar respectivo se oyó de nuevo el toque del clarín. Al principio no ocurrió nada, y todo el mundo miraba azorado hacía todos lados, con expresión de curiosidad, y empinándose para ver mejor.

De repente, y como si hubiera sido ensayada, la asistencia entera emitió un grito unánime de sorpresa. Los niños se agitaban gritando, y trepando a los brazos de quien se hallara cerca, y las niñas, se levantaban y sentaban, batiendo palmas. De entre los árboles aparecía un río de caballitos de todos los colores, poco mayores que un becerrito. Corrían majestuosos, y de vez en cuando, se miraban entre sí, como si contemplaran la buena figura que tenían. Al llegar al borde de la piscina, se detuvieron secamente, todos a la vez, como soldados en una parada. A los pocos instantes, uno de ellos, de tono rojizo, se irguió, emitió un relincho, y seguido de los demás inició un trote de danza, parando de vez en cuando para saludar a la asistencia. Lentamente, el trote fue aumentando de velocidad, cada vez con mayor intensidad, hasta que no se vio más que una cinta de color que se movía entre un zumbido como el aullido de la zorra. El espectáculo se prolongó tanto, que yo pensé que los caballitos se habrían diluido en el aire para siempre, cuando el zumbido empezó a menguar, los colores se fueron separando, y los animalitos aparecieron nuevamente, uno a uno.

El baño fue otro espectáculo del agrado de todo el mundo. Los caballitos nadaban de extremo a extremo de la piscina, separada de la gente por cristales, efectuaban cabriolas, se zambullían, se tendían de costado, y salpicaban los vidrios llenándolos de burbujas. Todo el mundo se entristeció cuando el clarín sonó de nuevo, y los caballitos cesaron de retozar. El rojizo de nuevo tomó la dirección, y subió por un costado de la piscina, seguido por los demás, que sacudían el cuerpo para que escurriera el agua, y al llegar arriba efectuaron unos brinquitos adicionales a fin de acabar de secarse.

Después de lo que acababa de presenciar, me pareció una muestra de egoísmo escoger uno de ellos sólo para mí. ¿Cómo podría vivir separado de los demás? ¿Con quién iba a retozar? Comunicué al Mayor lo que pensaba, y éste respondió que no tenía que elegir ninguno, porque todos eran míos.

-¿Todos? -repetí incrédulo.

-Todos. Son órdenes de su abuelo.

-¡Mi abuelo Rubén, siempre bueno, y siempre mi amigo! A pesar de hallarse enfermo, procuraba mi contento.

Pero de repente me entristecí, porque recordé que el Mayor me había dicho que nadie podía llevárselos de allí.

-Es cierto -confirmó él, como si hubiera leído mi pensamiento-. No puede llevárselos. Sólo existen en Platiplanto,

Debí haberme dormido en algún lugar, y no me di cuenta cuando me llevaron a casa.

Sólo sé que a la mañana siguiente me desperté en mi cama, con el espíritu todavía alejado, pero lentamente fui adquiriendo de nuevo la noción de la realidad. Me hallaba en mi habitación. Detrás de la puerta colgaban mis ropas del colegio, en la pared seguía la estampa de la santa, y mis libros se hallaban en el mismo cajón de siempre, falto de una mano de pintura.

Estuve reflexionando acerca de si debía contar a los demás todo lo que había visto, y finalmente decidí no hacerlo. Probablemente no me creerían, y se reirían de mí. Preferí

conservar aquel lugar perfecto, tal y como lo hallé, para poder volar allá cuando lo deseara, aunque sólo fuera con el pensamiento.

\* Bandolín: especie de guitarra con cuatro cuerdas.

Versión castellana de Rosa Moreno Roger

DONADO POR LOGOS

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

